



LA LLAMA

Éxito póstumo del gran José M.^a Usandizaga

EL pueblo donostiarra ha satisfecho su vehemente anhelo de escuchar, entre transportes de caluroso entusiasmo, aquel testamento artístico que le legara el inolvidable José Mari.

Aquellas notas que el genio donostiarra dejara esculpidas en el solitario Yanci, han repercutido en el Teatro Victoria Eugenia ante un público que, absorto y emocionado, saboreaba con deleite los primores de la incomparable partitura.

Desde los primeros compases pudo la concurrencia adivinar entre aquellas armoniosas sonoridades la voz del insigne maestro donostiarra, y con tierna y conmovida devoción se aprestó a escuchar la genial composición.

Pero empecemos por dar una noticia del argumento planeado por Martínez Sierra.

EL ARGUMENTO

ACTO PRIMERO

Prólogo.—Plaza en un poblado árabe. Un grupo de hombres, mujeres y chiquillos rodean a una mujer—la Narradora—que se dispone a contar un cuento. El cuento que ha de contar la Narradora es el asunto de la ópera. Todos están impacientes y hablan a un tiempo, pidiendo a la Narradora que empiece. Ella se adelanta, saluda, coloca en el suelo sobre un trípode un brasero de cobre con ascuas para que-

mar incienso y empieza su narración después de hacer una innovación al humo que sube.

Cuenta que un hijo de rey—Adrián—, en guerra con los turcos, aprovecha las sombras de la noche para ir a visitar a su novia, que vive en la montaña. La novia le espera. Él, para anunciar su llegada, va encendiendo antorchas en el camino de la montaña: de este modo la llama es mensajera y heraldo de su amor. La novia—Tamar—le espera. Apenas ha llegado, los turcos enemigos aparecen en el camino de la montaña..... Al llegar a este punto de la narración, la Narradora se inquieta, se agita, no ve más. El auditorio impaciente, le pide que continúe su historia.

La Narradora. ¡¡Ah!! (Con horror.)
Todos. ¿Qué ha sucedido?
La Narradora. ¡No lo sé, no lo veol
Todos. ¡Dilo, dilo, dilo!
 ¿Quién lo sabe?
La Narradora. (Con exaltación misteriosa.) ¡Lo sabe la llama!
 ¡Lo sabe el incienso!
 ¡Lo sabe el humo,
 que es hechicero!

Arroja un gran puñado de incienso al fuego, invocándole de nuevo. La escena se llena de humo, y todo desaparece, plaza, Narradora y auditorio. Cuando el humo se disipa, aparece.

Cuadro único.—Una apacible decoración de montaña. El cuento se ha trocado en realidad. En la noche quieta, silenciosa, perfumada, Tamar espera a Adrián y aguarda impaciente que se encienda en lo alto del monte la llama de la antorcha que ha de anunciarle su llegada. Mientras espera, canta:

Tamar. ¡Noche misteriosa!
 ¿Cómo tardas tanto en pasar?
 Noche sabia, noche bruja,
 ¿dónde está el amor que ha de llegar?
 ¡El amor, como llama de hoguera viva,
 quema el corazón!
 La pasión quisiera volar...
 Y las alas del alma se rompen...
 ¡Y el amante no quiere llegar!..., etc

Por fin se enciende la llama, anuncio del amor que llega. Casi al mismo tiempo entra Lisa, chiquilla amiga de Tamar; trae en la mano

la antorcha encendida, y precede a Adrián, que llega apresuradamente: viene sólo un instante. Acaso los turcos le persiguen: la guerra es enemiga del amor.

Hay entre los enamorados un apasionado dúo, que interrumpe Lisa gritando con voz ahogada y anunciando la llegada de los turcos perseguidores de Adrián. En efecto; éstos entran violentamente en el huerto y se apoderan de Adrián. Tamar quiere defenderle, pero los turcos la sujetan y se la llevan, ante la desesperación impotente de Adrián, que grita mientras sus perseguidores, sujetándole, se rien.

Adrián. (Cantando con desesperación.) ¡Maldita suerte!
¡Noche maldita!
¿Por qué me robas
cuanto tenía?..., etc.

Los enemigos festejan su triunfo, danzando grotescamente.

ACTO SEGUNDO

Prólogo.—Una estrecha gruta que forma el antro del Oráculo. Entre las rocas que forman la gruta, brota el hilillo de agua de un manantial. El Oráculo es un anciano, cuyo aspecto recuerda el de los antiguos druidas. Va vestido con larga túnica y lleva una corona formada por ramas de muérdago. El Oráculo medita profundamente. Su meditación se interrumpe con la cristalina voz del agua. En el manantial el invisible Espíritu del Agua se esfuerza por hablar para contar al mago su secreto—el asunto del segundo acto de la ópera—. El Oráculo atiende a la inarticulada voz del agua, toma una vasija, se acerca a la fuente, llena la vasija, y derramando el agua sobre una gran piedra que le sirve de ara, conjura al Espíritu del Agua, prisionero en la fuente, diciendo:

¡Agua, criatura de Dios!
¡Te conjuro a que hables, si puedes hablar!

El Espíritu prisionero, se ríe en la fuente, y entonces ocurre un prodigio: la cueva se oscurece, el hilillo de agua se ilumina con luz fantástica, y aparece en él una indecisa forma de mujer: es el Espíritu del Agua, que respondiendo al conjuro del Oráculo, canta:

Voz del Agua. El hijo del rey era prisionero
y su amante era esclava...
¡Hoy derriba el destino
al que ayer ensalzara!

El Oráculo. ¡Es cierto, es cierto!
¡Lástima me dan los hombres
que son ramas secas,
juguetes del viento!

El Espíritu del Agua prosigue su canción: predice en ella que el Sultán, enemigo de Adrián, ha de enamorarse de Tamar, y que así pagará sufriendo el daño que a los amantes ha causado con su crueldad.

Porque el destino hace trampas
como astuto jugador.
La llama se va extendiendo
y en otro pecho prendió...
El Sultán va a quedar preso
en una trampa de amor,
y así pagará, sufriendo,
todo el daño que causó...
¡Pagará en buena moneda:
corazón por corazón...

Satisfecho el maligno Espíritu ante la idea de lo que han de sufrir los hombres por causa del amor, se ríe y desaparece: el Oráculo repite su lamentación.

El Espíritu, ya invisible, sigue riéndose. El Oráculo, indignado, le increpa:

¡Lástima me dan los hombres,
que son ramas secas,
juguetes del viento!

Derrama la vasija que está sobre el ara. Entonces, como si el Espíritu del Agua se indignase, se oye un gran trueno y temeroso rumor de aguas que se precipitan en torrente, mientras la cueva se oscurece. El temeroso rumor se inquieta poco a poco, y aparece

Cuadro único.—Una plaza pública en una ciudad turca. Sirve de bazar y mercado de esclavas. Hay puestos de telas, tapices, perfumes, etcétera. Pasan algunas vendedoras de frutas, con cestas en la cabeza. Tendidas en el suelo, sobre tapices, unas cuantas esclavas para la venta. Entre ellas está Tamar.

Lisa, la niña amiga de Tamar que le ha seguido, se acerca a ella e intenta consolarla. Se oyen lejano, clarines. Es el Sultán que se acerca con su séquito: ha triunfado en su guerra contra Adrián y pasea su triunfo en brillante cortejo. El pueblo acoge el anuncio de la llegada del Sultán con frenéticas aclamaciones. Pasa un grupo de guerreros turcos, que abren la marcha; pasan luego un grupo de juglares enanos que cantan y bailan, entre los aplausos de la muchedumbre.

CANCIÓN PARA LA DANZA DE LOS JUGLARES ENANOS

¡Baila, negro, baila, negro!
 ¡Baila, porque el diablo canta!
 ¡Baila, bruja, baila, bruja,
 que el diablo guía la danza!
 ¡El murciélago y la bruja
 tienen amores de infierno!
 El diablo guía la danza...
 ¡Baila, negro, baila, negro!

La multitud grita y aplaude. Pasan los enanos y aparecen los prisioneros. Entre ellos viene Adrián. El pueblo acoge a los prisioneros con risas y burlas.

Los prisioneros responden a los insultos de la multitud con desesperación y ansia de venganza. Tamar, al oír la voz de los prisioneros, que le recuerda las canciones de su patria, esconde el rostro entre las manos y solloza, pero Lisa la obliga a levantar la cabeza, y entonces, viendo a Adrián, se precipita hacia él: los amantes se abrazan apasionadamente y cantan en exaltado dúo:

Adrián y Tamar. ¡Todo el sufrir se olvida en un instante!
 ¡No hay llanto, no hay tormento, no hay dolor!
 ¿Te miro?... ¿Es hoy?... ¿Es nunca?... ¡Ya no importa!
 ¡Todo es eternidad en el amor!

Pero el mercader de esclavas por un lado y los guerreros por otro, los separan violentamente. Adrián se aleja con el grupo de prisioneros. Tamar cae al suelo desesperada. El cortejo vuelve a ponerse en marcha: por fin aparece el Sultán, y todos los circunstantes se tiran al suelo en señal de respeto. Tamar, en su desesperación, se levanta antes de que puedan detenerla y se arroja a los pies del Sultán: ha formado el proyecto de enamorarle para conseguir que la lleve a palacio

y acercarse a Adrián. El Sultán, sorprendido, se detiene: ella danza y canta ante él, fingiéndole amor:

La tierra donde he nacido
es paraíso de amor,
dulce jardín escondido..., etc.

El Sultán, seducido por las danzas y canciones de Tamar, dice a los que le siguen: «¡Llevad a esta mujer a mi palacio! Me agradan sus danzas y sus cantos». Tamar sonríe, diciendo: «¡Ah, vanidad de hombre, siempre crédula a la lisonja! ¡Entraré en tu palacio y encontraré el tesoro que me has robado!»

El cortejo se aleja. Cantan los prisioneros, los soldados, el pueblo.

ACTO TERCERO

Cuadro primero.—Es una a modo de cueva, que tiene en el fondo una gran reja que da sobre los jardines del harem, pero que en el momento de levantarse el telón está cerrada por grandes postigos. Adrián, encadenado y tirado en el suelo, duerme con sueño inquieto y alterado. En su sueño se le aparece la Muerte, que le pronostica el triste fin que el destino reserva a su amor y a su vida. Cuando la Muerte desaparece, Adrián despierta y canta una desesperada romanza.

Se abre una puertecilla del calabozo y entra un enano Carcelero, con una lámpara. Abre los postigos de la reja, por la cual se ven los jardines, y dice al prisionero: «Contempla la vida y el amor que ríen, y goza o sufre, sabiendo que no son para ti». Después sale, cerrando la puertecilla. Se oyen en el jardín claras y cristalinas risas de mujeres. Adrián se vuelve a mirar al jardín por el cual pasan unas cuantas odaliscas: entre ellas va Aisa. Danzan, ríen y cantan.

CANCIÓN DE LAS ODALISCAS

¡Rosas para el cabello negro!
¡Nardos para morder la flor!
¡Risas para el amor que pide!
¡Besos para el que nos venció!, etc.

Se acercan a la reja de Adrián, y riéndose se burlan de él. Luego se alejan corriendo y burlándose, pero cuando todas se han alejado, vuelve Aisa y dice a Adrián:

—«Hijo de rey, espera... Alguien ha visto la llama de tus ojos y se ha abrasado en ella..... Alguien te ama y te salvará!» Arroja su ramo de rosas contra los hierros de la cárcel, y se aleja, diciendo al prisionero: «¡Toma, con mi amor!»

Adrián coge las rosas y las vuelve a tirar con desprecio, exclamando: «¡Ah! ¡Qué me importan ya todas las rosas de la tierra!»

Aparecen en el fondo del jardín Tamar y el Sultán: el Sultán enamorado y ella ligeramente esquiva, pero fingiendo coquetería de amor. Adrián reconoce a Tamar y creyendo que ésta le traiciona, se desespera en su encierro.

<i>El Sultán.</i>	¡Ríe el jardín al contemplar la clara luz de tu mirar! ¡Ríe el jardín, suspira el mar! ¡Ríe con él, ríe, Tamar!
<i>Tamar.</i>	¡La tarde va muriendo en el jardín! ¡Dulcísima canción sube del mar! ¡Toda la tierra ríe para tí! ¿Qué te importa la risa de Tamar?, etc.

El Sultán y Tamar pasan y desaparecen sin reparar en la presencia de Adrián tras la reja. Adrián canta desesperado:

¡Ah! ¿Por qué vivir para saber su infamia y mi tormento?
¡Ah! ¿Por qué vivir pan escuchar la muerte de mi vida?
¡Ah! ¡mujer, mujer! ¿Cómo es posible aborrecerte tanto?
¡Sí! ¡Quiero vivir para apagar en sangre esta agonía!

Se arroja de bruces en el suelo. Anochece completamente. Canta un ruiseñor en el jardín. Se abre despacio con precaución la puertecilla y aparece Aisa con una luz en la mano. Aisa propone a Adrián libértarle a cambio de su amor. Adrián, desesperado, rechaza el amor de aquella mujer desconocida, pero viendo en su libertad una posibilidad de vengarse de Tamar y del Sultán, acaba por aceptar la fuga que ella le propone. Cuando se disponen a huir, aparece en la puertecilla el enano Carcelero. Aisa hiere con un puñal al Carcelero, que cae, y ella y Adrián huyen, mientras cae el telón.

Cuadro segundo.—Jardín árabe en terraza sobre el mar. Es el mismo que se veía por la reja del calabozo en el cuadro anterior. Es de noche. Pasan por el fondo luces de barcas. En las barcas van los prisioneros al suplicio, que al pasar recuerdan las canciones de su patria. Sale la luna e ilumina fuertemente el jardín y el mar.

Tamar, envuelta en un gran velo, se queda mirando con tristeza al mar: ha oído el canto de los prisioneros y sabe su suerte. Sale Adrián disfrazado con el traje que Aisa le proporcionó, reconoce a Tamar y se acerca a ella con ira. Ella le reconoce también y se llena de felicidad al encontrarle: él la acusa de traición y la insulta, pero ella le explica cómo todo su fingido amor al Sultán ha sido artificio para acercarse a él e intentar salvarle. Cantan en intenso delirio de amor. Aparece Aisa, que viene en busca de Adrián, y sin verle en un principio le llama diciéndole: «Jardinero, jardinero, que cortaste las flores del jardín de mi alma, ¿dónde estás?» Ve a Adrián y a Tamar, comprende, y se enfurece al ver su amor burlado. Las dos mujeres se disputan el amor de Adrián. Cantan:

Aisa. (Con violencia.) ¿Y tú has pensado
que yo podría
verte con otra
gozar la dicha?
¿Quedarme sola
con mi agonía?
¡Yo te he salvado!
¡Tu suerte es mía!

Adrián. ¡El amor no sufre
más ley que el amor!
¡Cadenas se rompen,
juramentos no!

Tamar. ¡No tengo más reino
que su corazón!
¡Su vida es mi vida!
¡Es mío su amor!

Aisa. (Con frenesí.) ¿Su vida es tuya?
¡Mía es su suerte!
¡Supe adorarte...
Sabré perderte!
Elige: ¡vivo,
libre y mi amor!
o muerto a manos
de mi pasión!

(Saca un puñal de la cintura y se arroja sobre Adrián.) Adrián responde, mirando a Tamar:

¡Tamar, Tamar... amor de toda mi vida!

Aisa (desesperada): «¡Oh!..... Amor de toda mi vida..... ¡Muere por él! ¡Muere por él!» Hierde a Adrián, que cae desplomado. Tamar

se arroja sollozando sobre el cuerpo de Adrián. Aisa se ríe. Tamar grita desesperada. A los gritos entran guerreros, dignatarios, esclavos de la corte del Sultán. Entra también el Sultán. Aisa explica su crimen diciendo: «Era el príncipe prisionero del Sultán..... huía escapándose con esa mujer..... ¡le he matado yo!»

Tamar se levanta y grita:

¡Ha muerto y era mi vida!
¡Ha muerto y era mi amor!

Y dirigiéndose al Sultán le maldice. El Sultán la reconoce: ella recoge del cuerpo de Adrián el puñal y se precipita sobre el Sultán para matarle, pero los guerreros se arrojan sobre ella y la detienen antes de que llegue a herirle.

El Sultán grita: «¡Matad a esa mujer!»

Tamar escapa de los que la sujetaban y corre al parapeto sobre el mar; desde allí grita: «¡Moriré, pero no tocaréis mi cuerpo!» Y se arroja al mar. Todos dan un grito de horror. Aisa se arroja desesperada sobre el cuerpo de Adrián. Cae el telón.

LA MÚSICA

Las esperanzas que hizo concebir el anuncio de la obra póstuma del gran Usandizaga, se vieron confirmadas la noche del estreno.

Siempre inspirada la partitura, sorprende por la riqueza de temas melódicos y su moderna armonización.

El intermedio del segundo acto es una página musical de soberana grandeza. Muy bella y muy sentida la romanza de tenor en el segundo acto, y delicioso el coro de odaliscas que figura en la misma jornada. Los tres números que citamos fueron bisados ante la clamorosa insistencia del electrizado público; pero no se limitan a esos pasajes las notas sobresalientes de la partitura, toda ella de una exquisitez y una grandiosidad inexpresables.

No vamos por nuestra parte a analizar tan maravillosa producción, prefiriendo aportar a nuestra colección las manifestaciones hechas por personas que gozan autoridad en la materia y los juicios serenos y desapasionados que han visto la luz en la prensa periódica.

D. FRANCISCO GÁSCUE

«Es muy difícil expresar en pocas palabras una opinión clara, concreta y terminante acerca de obra tan compleja y de tanta importancia como *La Llama*.

Indudablemente, Martínez Sierra ha hecho un libreto de acción concentradísima con objeto de presentar escenas variadas en las cuales el compositor pueda lucir y desplegar ampliamente las alas de su fantasía. El argumento desarrollado convenientemente hubiera podido dar materia para un operón en cinco actos a lo Scribe o para una tetralogía a lo Wagner.

»Esta misma acción concentrada y rápida es causa de que los personajes no lleguen a conmovernos demasiado con sus dolores y vicisitudes; pero en cambio nos presenta cuadros de intenso colorido y efectos teatrales de primer orden. Si la acción está comprimida, el músico, a su vez, se ve en la necesidad de multiplicar el número de melodías y temas sujetándose a las exigencias del libro.

»Desde luego que el mérito principal de *La Llama* consiste en su admirable y espléndida orquestación. Dudo mucho que haya hoy músicos que, sin recurrir a sonoridades inaceptables y a extravagancias de armonía, puedan hacer algo que sobrepase en riqueza orquestal a la última obra de Usandizaga. Tal vez pueda decirse que su propensión a tesituras muy elevadas perjudica el efecto de algún que otro pasaje; pero esto es un detalle que no enturbia la belleza general de la obra orquestal.

»El autor, consciente o inconscientemente, ha dado gran desarrollo (quizás excesivo para las dimensiones de la obra) a trozos de pura orquestación. Pero hay que agradecersele, porque casi todos ellos son verdaderamente magistrales: por ejemplo, el orquestal del cambio de decoración del primer acto, hecho con procedimientos empleados por Wagner en sus soberbios orquestales del *Parsifal*. Otro ejemplo interesantísimo: el de los dos hermosos trozos de orquesta que preceden y siguen, respectivamente, al canto del Espíritu del Agua; en el primero de ellos aparece una preciosa melodía de puro estilo vascofrancés, que es para mí la perla de la obra.

»El talento orquestal de Usandizaga se presta a tantas y tan ricas combinaciones, que incluso aquellas melodías que en sí pueden considerarse como insignificantes o que sin serlo recuerdan otras ya conocidas de antemano, adquieren novedad, relieve y color merced al admirable acompañamiento de la orquesta. Con decir todo esto, nada nuevo digo; siendo muy probable que de haber seguido entre nosotros nuestro llorado amigo, hubiese abandonado la ópera para dedicarse a la música pura, que es para lo que tenía, verdaderamente, aptitudes nada comunes.

»Sea ello lo que fuere, no cabe dudar que, entre Martínez Sierra y él, han creado en *La Llama* efectos teatrales de indiscutible importancia y hasta novedad. Tales son, por ejemplo, el final del segundo acto con los dos coros, uno de turcos y otro de prisioneros, que entonan a modo de himno una melodía cuyos primeros compases son muy co-

Página original de la partitura de *La Llama*.

nocidos de todo vascongado. Otro ejemplo es el final de la obra con su doble coro a unísono sobre el tema que podemos llamar *de la muerte*.

»Yo no dudo que *La Llama* se ha de representar muchísimas veces en Madrid, y después en los principales teatros de España, con aplauso entusiasta. Y nada tendría de particular que su fama pasase las fronteras, de lo cual habría yo de alegrarme extraordinariamente.

»Una buena parte del éxito clamoroso que ha obtenido esta obra

en San Sebastián, se debe a los excelentes artistas que la han interpretado y muy en particular al Sr. Baratta, que llevó la obra de un modo realmente insuperable.

»Después de oír *La Llama*—primero en los ensayos y luego por dos veces en el teatro—deplora uno, cada vez con mayor dolor, la prematura pérdida de nuestro querido y llorado amigo.»

D. REGINO ARIZ

«¿Qué puedo yo añadir a lo ya manifestado por quienes, con sobrada competencia en la materia, han publicado recientemente críticas encomiásticas de la gran obra de Usandizaga?

»Sin embargo, me creo en la obligación de exponer cuanto mis modestas aptitudes han podido apreciar desde el primer ensayo parcial, hasta la última representación que he tenido la suerte de oír; y empezando donde otros acaban diré, que la obra para mí, es sublime. Aquel cerebro de maestro encerrado en cuerpo de muchacho, penetrado de cuanto el libreto encierra en todos sentidos, supo moldear su genio artístico a la acción e importancia de la fábula, consiguiendo dar a los personajes el carácter más fiel que su autor pudiera soñar, llegando al súpum del sentido dramático hasta en los papeles secundarios con expresión tan excepcional para quien, como él, parecía no tener motivo de conocer y sentir el teatro *por dentro* de modo tan extraordinario. ¡Era muy grande Jose Mari! ¡Debe estar satisfecho D. Gregorio de como ha sido tratado su libreto!

»La obra póstuma de este nunca bastante llorado maestro donostiarra, salvo algún detalle *sin importancia*, tiene grandes aciertos en toda ella; como tales pueden citarse la romanza de Tamar «¡Esperanza mía!»—primer acto, segundo cuadro—el primer cuadro del acto segundo—escena del Espíritu del Agua—, ¡¡inspiradísima!! La escena ballet de Tamar, segundo cuadro del mismo acto. Romanza de Adrián, acto tercero, primer cuadro, la canción de las odaliscas y su repetición en coro interno acompañado por los gorjeos (flauta en escena) de un pájaro, que sirven a la vez para ser luego reproducidos en la orquesta (violines primeros con sordina) de forma preciosa y delicada, durante la escena que podía llamarse el sueño de Adrián. Estos cinco números, alguno de grandes dimensiones, por sus preciosas melodías y especial orquestación, producen gran efecto, y por más que todos ellos llevan grabado el sello del autor insigne, creo que podrían firmarlos muy a gusto los más autorizados prestigios musicales de esta época. Tal es el gran mérito que les acredita.

»Igualmente los fines del segundo y tercer acto, inmensos, desarrollados en forma nueva en el teatro español, así como el final del primer cuadro—enlace del segundo, en el segundo acto—con la reproducción de la escena del Agua, labor acabadísima; el interludio del

acto tercero, marcha fúnebre (últimas notas que escribió), donde la orquesta se manifiesta espléndida de sonoridades y efectos, ponen fuera de duda que Usandizaga era un maestro de cuerpo entero.

»También es bellissimo el canto de la Narradora y magnífica la marcha del cortejo del Sultán, llena de virilidad, con grandes sonoridades y suma brillantez.

»El final primero, después de una muy acertada y descriptiva preparación orquestal, tiene un coro de turcos que, a decir verdad (si eres turco, no te creo), es demasiado sencillo; juguete sin complicación como el baile de negros del acto segundo.

»En el acto tercero, también hay algo que aun siendo de gran efecto para la generalidad, creo que se aparta bastante en su forma del desarrollo orquestal de la mayoría de la obra. Se parece a la Escuela italiana y no precisamente a Puccini y Giordano. Me refiero al dúo de Adrián y Tamar y toda la parte de Aisa, preciosas escenas de un sabor dramático que subyugan al oyente, pero cuyo procedimiento no es tan nuevo como el resto de la obra. Ahora bien, en toda ella puede apreciarse, además de los ya indicados, un mérito, para mí extraordinario, cual es la forma de desarrollar todos los recitativos. Conozco muchas óperas: en ninguna he oído nada que se parezca, desde este aspecto, a *La Llama*.

»Desde luego, cuantos han oído la obra, fácilmente habrán podido observar el preeminente lugar que su autor concede a la orquesta para demostrar su dominio de la instrumentación moderna. *La Llama* es, en su desarrollo temático, un gran alarde de tecnicismo orquestal en el que su autor no paró en peligros para colocar en la mayoría de los instrumentos muchas dificultades de mecanismo y dicción en todos ellos y *labio* en los de *viento*, para conseguir los efectos deseados. Por esto creo que el elemento profesional debe agradecer al autor moderno esos rasgos de atrevimiento que obligan a hacer de cada intérprete un verdadero artista.

»Alguien ha dicho que la obra pesa en algunos momentos; no le contradiremos si prefiere ver a los cantantes, mejor que oír la orquesta; pero indudablemente, cuanto más se percate de la obra desaparecerá su preocupación, más si se fija en los grandes períodos, bellísimos, exclusivamente orquestales, que quizá pidan a ratos mayor *vida*, que de seguro la batuta de José Mari la hubiera sabido imprimir, y conste que no censuro a nadie.

»Creo que desde Mayo de 1895 (22 años) en que se estrenó *La Dolores*, de Bretón, no se ha dado en España una obra de mayor mérito teatral, hecha excepción de *Las Golondrinas*; al estreno en Madrid me remito, en la seguridad de que el público madrileño apreciará la gran inspiración de nuestro músico y aún más, el dominio del arte musical de Usandizaga.»

LA PRENSA

No debe extrañar que la prensa donostiarra, con absoluta unanimidad, dedicara a este acontecimiento musical los más calurosos encomios, ciertamente justificados.

Pero en esta campaña de alabanzas se han asociado los periodistas de todo España, distinguiéndose los de Madrid, que han comentado en los términos más favorables el artístico suceso.

En *La Tribuna* su notable crítico teatral D. Tomás Borrás, que asistió al estreno, ha publicado el siguiente favorabilísimo juicio:

«El temperamento de Usandizaga aparece definido en *La Llama* con todo su ímpetu dramático, con su abundantísima inspiración, con su sentimiento melancólico.

»Su espíritu, influido por una cultura vastísima, conserva, sin embargo, toda la sencillez que le daba la contemplación constante de la Naturaleza, y así se aunan en él la técnica dominada y servidora de sus menores caprichos y una emoción ingenua y grave de infantil alegría y de lírica serenidad, que es obra del carácter de su pueblo, de la raza, al que pertenece.

»Puede decirse que están presentes en *La Llama* sus amadas montañas, el rumor de sus cantos, el alma nacional de la música, que nace de la tierra.

»Dentro de la gran variedad de la partitura, hay en *La Llama* esas dos dominantes: de un lado la exaltación dramática, interpretando el drama lírico de una manera modernísima, y, de otro, la personalidad de su raza con los rasgos característicos.

»La tensión dramática llega en *La Llama* a lo desgarrador. El misterio profundo, el influjo dualista del libro y su pasión ardorosa encuentra en Usandizaga acentuaciones patéticas grandilocuentes.

»En la orquestación, magistral siempre, hay un constante hervor de inquietudes, que son grito de protesta contra el Destino.

»Así, en el prólogo, en todo el primer cuadro, en los dúos y en el final, lleno de grandeza trágica, a veces entrega al colorido toda su inspiración, y son sus ritmos vibrantes yuntuosos motivos desarrollados con magnífica amplitud los que pintan un ambiente de orientales exuberancias.

»En el primer cuadro del acto tercero, que es encantador, merece destacarse la canción de las odaliscas ante la reja de Adrián, vals de deliciosa melodía, que después recoge la orquesta mezclándole al estilo de Debussy. Los demás son de lánguida sensualidad, como la seducción del Sultán por Tamar, o burlescas, como un baile de negros en el zoco (acto segundo).

»En las romanzas, que abundan, se destaca precisa esa otra nota dominante de su personalidad, la melancólica dulzura sin sensiblería, que es patrimonio de la tierra vasca.

»Son de línea clara, impregnadas de vaga tristeza, de ingenuidad y de ternura.

»Puso en ellas su corazón, y en el resto puso su ciencia.

»La obra de Usandizaga sobrecoge. A veces pasa una ráfaga de sombrero frío por ella. Es en las evocaciones del gran misterio de la muerte.

»En el acto tercero hay un intermedio de marcha fúnebre, que dejó sin concluir, y que, por estar truncado, resulta más doloroso y solemne.

»Cuando el Oráculo habla, cuando aparece la Muerte, y en el final los temas tratados de una manera grave y profunda, dan la abrumadora impresión de algunas obras de música religiosa.

»Los coros están cuidados y tienen nuevo estilo. Son coros contrapuntados a tres y más voces con la orquesta. Verdaderos diálogos corales de belleza insuperable y de difícilísima ejecución.

»Trato de dar impresión literaria más que crítica, y por ello, sólo por alusión, diré que el criterio dominante es la manera temática; pero siendo siempre el tema diseño de una melodía. Así es que va transformándose de acuerdo con la transformación de sentimientos de los protagonistas.

»La orquesta es de moderna pero de latina claridad, sin extravagancias ni estética de escuela determinada.

»*La Llama* es esencialmente pasión palpitante y ardiente, pasión heroica.

»Así era su espíritu, encerrado en un débil cuerpo de niño, y templado por la contemplación del campo y del mar.

»Sabio a los veintiocho años, con un instinto teatral incomparable y con un presentimiento oscuro de su destino, puede decirse que la música de *La Llama* no es sólo su obra: es él.»

El crítico Sr. Gabaldón, dice por su parte en el importante diario madrileño *A B C*:

«.....

»En estas primeras impresiones, hechas al correr de la pluma, hemos destacado lo que nos parece más culminante de *La Llama*, obra que cuando sea conocida en Madrid será acogida con el mismo enorme entusiasmo que aquí, al ser estrenada esta noche, entre las más clamorosas ovaciones. Claro que es difícil transmitir a distancia emociones tan distintas recibidas en estos momentos; pero, sin embargo, estamos seguros de que el público de Madrid proclamará el nombre de Usandizaga, como anoche en el Teatro Victoria Eugenia, como el de uno de los elegidos que tienen derecho a ocupar un puesto entre los inmortales, para gloria y enaltecimiento del arte lírico español.

»La partitura de *La Llama* es de una enorme fuerza, que logra la intensidad de la tragedia con tal brío en la forma orquestal amplia y sonora, que sólo en Wagner, en Strauss y en los modernos compositores rusos independizados de la escuela alemana, puede encontrarse. Usandizaga, dentro de la manera moderna, sin llegar al ultramodernismo de la *schola cantorum*, con el formidable instinto de autor dramático que poseía y del que *Las Golondrinas* fueron feliz presagio, atiende en su obra póstuma no sólo a la técnica, de lo que es *La Llama*, en cuanto a su dominio, un asombro, sino que en primer término cuida de la expresión, de la sensación, del acierto en el paisaje, dando a cada idea su apropiada coloración. Lujosísima de melodías, hasta el punto de que con la variedad y riqueza de sus matices podían escribirse cuatro o cinco partituras.

»Tan perfecta es la superposición de matices, que no hay nada que no esté razonado dentro de una estructura armónica y clarísima, sin que esto pueda entenderse para su ejecución, pues en este punto la obra requiere un acoplamiento orquestal difícilísimo, tanto que ha sido preciso un mes de asiduos ensayos para llegar a la total composición escénica de la obra.

»Aquel cuerpo, desmedrado y enfermo, de Usandizaga, por triste paradoja, tenía una asombrosa vitalidad de alma. La partitura de *La Llama* es obra de titán. Bastará un detalle para juzgar de su magnitud: el tercer acto tiene 114 registros orquestales.»

Por último, y para no citar más, reproduciremos las impresiones que en *El Imparcial* ha suscrito Matilde Muñoz:

»*La Llama* es una leyenda oriental plástica y brillante. La inspiración del músico ha podido desenvolver ampliamente en radiante gama a la inspiración de situaciones adecuadas y bellas. En esta obra hay, ante todo, una simpática y acertada tendencia de acción popular, patentizada en corales interesantes, en narraciones y en bailables.

»En este aspecto se ajusta perfectamente al criterio moderno, sustentado especialmente por las músicas rusas. La esplendidez decorativa a que se presta está realzada por los matices orquestales de su mágico colorido, que encanta y fascina. La línea melódica, siempre flexible, dúctil, modelada por la mano a un tiempo firme y suave de un artista exquisito, tiene coloraciones pasionales de profundidad conmovedora y una suave, perfumada impresión de poesía lejana, de decorativo exotismo, que la pintoresca armonía realza, prestándole maravillosos fondos.

»Los fondos están tratados con gran maestría y siempre se conserva en ecos la potencia expresiva de la intervención popular. Popular es también la leyenda sobre la que se ha alzado el espléndido monumento musical.

»La gama radiante de la poesía oriental, a un tiempo sentimental y voluptuosa, le presta su brillo cegador.»

EL ESTRENO

El lleno en el coliseo Reina Victoria era completo. Cuanto de distinguido cuenta la Ciudad se hallaba en el teatro, viéndose asimismo maestros y críticos musicales que de Madrid y otras capitales se habían trasladado a nuestra Ciudad para presenciar el acontecimiento musical.

Cuando el maestro Baratta empuñó la batuta, un silencio religioso se impuso en la sala y de emoción en emoción transcurrieron las horas que duró la representación de la obra.

Hemos reproducido el argumento y hemos dado extensos comentarios respecto a la genial partitura. Nos referiremos, pues, aquí, a la interpretación, que desde luego calificaremos de brillantísima.

La orquesta, numerosísima y selecta; los cantantes, entre los que merecen especial mención la tiple Campiña y el tenor Canalda, insuperables; en los coros hay que señalar también la colaboración preciosa del Orfeón Donostiarra, así de las bellas señoritas que formaron el coro de odaliscas, como de los varones que integraron el de prisioneros; la presentación lujosísima, con un decorado muy vistoso cuyas bellezas se acrecentaban con los grandes efectos de luz, y el vestuario si no tan perfecto, armonizando desde luego con el colorido general de la escena.

Durante toda la representación el público, dentro de un religioso recogimiento, escuchaba absorto las bellezas sin cuento de la genial partitura, rompiendo este silencio únicamente y en determinadas ocasiones para pedir la repetición de los más salientes pasajes. Pero cuando bajado el telón y se perdían las últimas notas de la maravillosa composición, entonces estallaba formidable, clamoroso, el estruendo de los aplausos, vítores y aclamaciones.

Y el público pedía un algo a que expresar sus sentimientos de admiración y entusiasmo, y ese algo..... no se hallaba en el coliseo.

En vano el maestro Baratta ofrecía a la pública ansiedad las páginas de la grandiosa partitura; esto no colmaba los deseos de la concurrencia que, como arrastrada por un vértigo, persistía en su loco afán de pedir lo no alcanzable. Y se presentaban en escena los artistas intérpretes afortunados de la obra, el maestro Baratta, el Sr. Junyent, autor del decorado, Lorenzo Malvet, meritísimo director de escena, y el pú-

blico persistía con sus aclamaciones demandando lo que sabía no podía alcanzar.

Vióse entonces que en uno de los palcos se hallaba la familia del malogrado autor de *La Llama*, y redobláronse los aplausos y aclamaciones; pero no pudo calmarse el público anhelo.

Una sola persona lo hubiera logrado: el inolvidable *Joše Mari*, pero esto era un imposible y no admitía sustitución.

Si en alguna ocasión se ha patentizado la verdad de la vulgar frase *ha dejado un vacío*, lo fué con motivo del estreno de *La Llama*. Ese vacío lo agrandaba extraordinariamente la magnitud del triunfo.

MARTÍNEZ SIERRA

Al final de la representación, el autor del libro, Sr. Martínez Sierra, dió lectura a las siguientes cuartillas:

«Amigos: Guardianes de la memoria de nuestro muy llorado José María, custodios de su última obra, su hermano Ramón y yo hemos deseado, más, hemos querido absolutamente que su primera representación se celebre en esta Ciudad, lugar de nacimiento del autor y de la obra.

»Razones de vanidad, motivos de provecho material tal vez hubieran aconsejado esperar y elegir para el estreno de *La Llama* escena de más tradicional importancia. Pompa mundana hubiera sido ésta, bien poco de acuerdo, en mi sentir, con la solemnidad serena de la verdad cordial, única a que sin duda atiende ya el alma del que fué nuestro amigo y que ahora—hablando con palabras de Shakespeare—está sobre nuestras cabezas, bien cerca de nosotros.....

»Gloria soñó en vida el impaciente juvenil ardor, aguijoneado por la febril presciencia de prematura muerte..... En la región serena donde mora, libre ya de toda terrena ilusión, la luz insobornable le habrá hecho ver cómo la única gloria digna de tal nombre está en el corazón de los que nos aman: por eso hemos preferido para él, en este primer día de triunfo, a las manifestaciones ruidosas de la multitud indiferente, el aplauso emocionado de los que le quisisteis aún antes de admirarle.

»Aquí, entre mar y montaña, se engendraron los dulces sonos, los apasionados lamentos, las inquietantes melodias de esta maravillosa trama, hecha con rugir de huracán sobre olas trágicas, con suave cantar de brisa de Mayo sobre prados en flor. Aquí, entre mar y montaña, era justo y era inevitable que se escuchasen por primera vez.

»Corran luego el mundo, en busca de tantos merecidos laureles:

yertos, amargos, despojados de toda significación humana y cordial: creo que hubieran sido para el purificado espíritu del que los sembró, si no hubiese sido principio de la triunfal corona la encendida rosa, cuajada de rocío de lágrimas, que ha prendido en ellos el amor de su tierra.»

REPRESENTACIONES

Tres representaciones fueron las anunciadas con motivo del estreno de *La Llama* y las tres estuvieron repletas de público entusiasta que mostró su admiración y asombro por tan genial producción, repitiendo las mismas ruidosas y vibrantes aclamaciones.

Por disposición de la familia de Usandizaga y del Sr. Martínez Sierra, se organizó una representación popular, y otra al día siguiente a beneficio del maestro Baratta.

Cuál sería el ansia por admirar la genial producción del insigne José Mari, que el público aguardó formando cola a que se abriera el despacho de billetes, arrebatando éstos antes de una hora. No creemos se haya conocido caso igual en esta Ciudad.

Los beneficios obtenidos en la función organizada por la familia Usandizaga, se destinaron a obras benéficas.

Del éxito inmenso, innarrable, han participado. pues, los necesitados, que habrán unido su reconocimiento en el homenaje que al gran José Mari ha tributado su pueblo, con motivo del estreno de la portentosa creación *La Llama*.

C. DE F.

